

Convivir y aprender: hacia una escuela alternativa

Lanzamiento del libro
Convivir y aprender: hacia una escuela alternativa
Dino Segura - Mayo 1 de 2007

Ante todo queremos agradecer a todos ustedes que decidieron acompañarnos en este momento que más que un acto académico, que lo es sin duda, es una ocasión para reencontrarnos y ratificar un sentimiento de solidaridad en unos casos y de identidad en otros con esa búsqueda de caminos y de opciones para contribuir desde nuestra cotidianidad, a hacer de nuestra patria lo que debería ser y lo que queremos que sea. A mi manera de ver todos estos intentos y propuestas de inventar escuelas y ésta en particular, son acciones políticas, son diversas maneras de intervenir en asuntos que son de interés público.

Es precisamente por esta razón que debo referirme a algunos elementos del libro y sobre todo a sus intencionalidades. Este libro, su discurso y sus planteamientos de ninguna manera son neutrales, se trata de un discurso entrelazado con una práctica que están políticamente comprometidos. Por otra parte, no quiero referirme a muchos de los interrogantes acerca de si esto puede ser distinto, dejando planteados los signos de interrogación, lo que queremos desde la EPE es elevar una voz de optimismo dando cuenta de la posibilidad real que existe de ser distintos, en cuanto estamos cotidianamente transformando el significado de lo que es la institución escolar y creemos haber emprendido el sendero de la recuperación de la escuela para sus niños y para el país.

Con respecto al libro, veamos lo siguiente.

Con el título del libro *convivir y aprender: hacia una escuela alternativa*, queremos poner énfasis en varios aspectos.

El primero, es que una de las urgencias mayores de nuestro país es esa: inventar escuelas alternativas.

Es claro que la escuela que se vive hoy no es la misma que teníamos hace treinta años. La escuela ha cambiado y ha cambiado en varias direcciones. Por una parte nuestra escuela oficial, o sea la que surge de las transformaciones debidas a las leyes y decretos, es hoy distinta a la que teníamos hace treinta años. No solamente en estos años hemos vivido las perspectivas creadas por la Ley General de la Educación sino que paralelamente con su vigencia se han ido dando giros que no solo la contradicen sino que marchan por senderos opuestos, hasta tal punto que se habla de las contra-reformas en educación. Muchas de las tendencias son fruto de las imposiciones propias de la globalización, otras son el

resultado de nuestros dirigentes y expertos en educación. Como consecuencia de lo que se ha hecho, la educación de hoy es más excluyente que hace 30 años, hasta tal punto que en sintonía con otras políticas, nuestro país es hoy más inequitativo. La inequidad se aprecia no solamente en cuanto la manera como se realizan las posibilidades de unos y de otros en el país conduce a profundizar las brechas entre diversos sectores de la población como resulta claro de la educación que se ofrece a unos y a otros, la no existencia de alternativas concretas e investigadas para niños de nuestra diversidad étnica, o para las víctimas el desplazamiento. En este sentido, la inequidad es también una consecuencia de la homogeneización.

Pero la inequidad se aprecia también a escala continental, cuando comparamos la educación que debe ofrecerse en países como Colombia, con la que se existe en otros países, en los países del primer mundo. También ahí existe una brecha que se va profundizando. Nuestros países parece que están reservados para suministrar una población educada a países que la necesitan y no cuentan entre su juventud la salida para esas necesidades. Es así como se requiere mano de obra calificada e intelectuales bien formados disciplinariamente pero carentes de compromisos con sus países de origen, se requieren médicos e ingenieros que sean buenos médicos o ingenieros pero que en lo posible no posean vínculos ni compromisos con su país de origen, en nuestro caso, con Colombia. Si es posible, deberían sentirse avergonzados de ser colombianos. Este es un buen ejemplo para mostrar cómo en vez de empezar a ser ciudadanos del mundo; esto es, ciudadanos de todas partes, lo que se está dando es la formación de ciudadanos o individuos de ninguna parte.

Es así como al desplazamiento de nuestros campesinos que están abandonando el campo, abandono que nos llevará dentro de poco, por una parte a importar lo que producíamos y por otra al crecimiento desmedido de nuestras ciudades, que no están en capacidad de ofrecer posibilidades laborales y sociales, debemos añadir el desplazamiento de nuestra juventud e intelectuales al primer mundo. Pronto seremos un país sin juventud calificada para garantizar posibilidades de realización en el futuro.

Repito, uno de los cambios de nuestra escuela está orientado por estos horizontes, la inequidad interna y la inequidad en el ámbito internacional. Las dos van de la mano y satisfacen por una parte, las perspectivas internas de nuestra clase gobernante y las perspectivas externas de la globalización. Este es el primer ámbito dentro del que se mueve nuestra escuela: la homogeneización y el colonialismo conducen a la inequidad.

En otras dimensiones del fenómeno educativo, nuestra escuela se mantiene inalterada. Tal es el caso de los horizontes de la escuela, es decir de la

respuesta a la pregunta fundamental: ¿Para qué la escuela? Cuando se comenta con educadores, ciudadanos, investigadores o no investigadores, es claro para todos que la escuela debe contribuir a la transformación de la sociedad y que no podemos concebir una escuela cuya función sea reproducir una sociedad de la cual nos sentimos avergonzados. Cuando vamos a las prácticas, la situación es desencantadora!. Prácticamente todo lo que se hace en la escuela, lo que se enseña y la manera como se enseña, la manera como se vive y la manera como se sueña, todo está hecho para reproducir la sociedad en que vivimos.

Por una parte tenemos el régimen que se implanta a través de decretos y determinaciones oficiales, la manera como se trasladan a la escuela las prácticas de nuestra democracia, las exigencias porque existan reglas de juego claras y definidas, las evaluaciones objetivas y masivas y, por otra, la esperanza casi siempre satisfecha de las comunidades educativas por saber qué es lo que hay que hacer, o qué es lo que hay que cumplir. Unos y otros se complementan en un escenario y frente a una sociedad que ve con beneplácito estos procesos. No deben quedar ruedas sueltas. Hay que ajustarlos. En este ámbito, aunque los horizontes de hoy son los mismos que hace 30 años, las medidas mediante las cuales se mantiene el sistema bajo control son distintas y con justificaciones universales: los estándares, los reglamentos, los manuales, las pruebas de estado. Ya lo decíamos en otra parte, ahora las escuelas están hechas para preparar a los niños para los exámenes.

Tenemos pues una escuela diseñada para reproducir la sociedad. Lo que se busca es una sociedad obediente, convencida de que los problemas se arreglan con leyes y decretos, y que cuando las leyes ya existen, el asunto se reduce a aumentar las sanciones. Paradójicamente, se trata de convencernos que las leyes son para violarlas y que en ese caso, el problema no es violar las leyes, sino no ser sorprendido en ello.

Nos encontramos así con una escuela que por la homogeneización que la sustenta y por las dinámicas que la mueven se convierte en violenta. Nos encontramos con niños pequeños agobiados por unas obligaciones académicas estúpidas, con maestros y niños con problemas de salud mental, con padres de familia que no atinan a decidir qué hacer para elaborar las tareas de sus hijos, con oficinas especializadas en resolver las tareas y con infinidad de clínicas y terapeutas tratando los problemas de aprendizaje producidos por las escuelas mismas en contubernio con la sociedad.

Lo que tenemos es también una escuela que oculta a los niños las realizaciones humanas de colombianos respetables de las que podríamos sentirnos orgullosos si las conociéramos. Quién conoce y difunde en nuestras aulas la existencia y realizaciones de Carmenza Duque, Jorge Reynolds, Salomón Hakim, Julian

Betancur, Dolly Montoya, Martha L. Guardiola, Raúl Cuero, Pedro Prieto, para no citar los científicos ya fallecidos y restringir la lista solamente a científicos.

Lo que tenemos son miles de bachilleres que año tras año, semestre tras semestre confirman su mediocridad con un sistema tramposo de acceso a la universidad, que traslada los fracasos del sistema a los individuos cuando las fallas están en la carencia de cupos y presupuestos estatales y no en las capacidades de los muchachos. Si todos se prepararan excelentemente, las cosas no variarían en absoluto, el mismo número de bachilleres entraría a las universidades y el mismo número se quedaría por fuera, convencidos de su mediocridad.

Sí, hay muchas razones para pensar en la necesidad de escuelas alternativas. Seguramente la variedad de contextos y de posibilidades nos permitirán en un futuro concebir muchas escuelas alternativas diferentes, sin embargo, lo que queremos, ante todo, es insistir en que ello si es posible.

El segundo elemento del título del libro está en dos énfasis determinantes. Los fundamentos de la escuela están en la convivencia y el conocimiento, pero no como sustantivos sino como procesos Convivir y Aprender. Y es en este proceso en el que la convivencia y el conocimiento se entrelazan cuando surge lo que queremos mostrar como elemento alternativo: EL AMBIENTE EDUCATIVO.

Lo que queremos decir es que la formación de nuestros niños y jóvenes y la formación permanente de los maestros y la transformación cotidiana de la institución en cuanto es un organismo vivo, está alimentada por eso que llamamos el ambiente educativo. No son las clases, ni los ejercicios, ni los proyectos por sí solos los que forman, lo que realmente es formativo es el mundo de interacciones que se establece en la escuela y los enriquecen. Son las interacciones de todos con todos y con todo, con las disposiciones, con las maneras de ser y de vivir, con nuestra historia y con nuestros deseos.

A nuestro entender, por ejemplo, en muchos casos la grosería y los malos comportamientos de los niños no son consecuencia de la mala educación, sino que son lenguajes que se utilizan para decir y para manifestar lo que de otra manera está vedado, para construir canales cuando los canales oficiales no funcionan. Lo mismo podríamos decir con respecto a los vándalos que lo destrozan todo, como una demostración y como un mensaje ante la carencia de otros medios para manifestar sus puntos de vista. Si lo que hacemos es ir a la sanción sin modificar las posibilidades de comunicación ni esforzarnos por comprender el contenido de los mensajes, podremos lograr vetar este lenguaje y eliminar las conductas puntuales, pero no solucionar los problemas que están en el fondo de las cosas y las conductas, que se encuentran precisamente en el ambiente educativo que hemos constituido.

La confianza y el ambiente educativo

Lo que la práctica nos ha mostrado es que sí es posible creer en los demás y que haciéndolo podremos creer en nosotros mismos. Ese es el pilar fundamental del ambiente educativo que queremos proponer como alternativa.

Cuando se piensa que sin una exigencia perentoria en términos de premios y de castigos, de notas y de amenazas, los niños y jóvenes no le darán sentido a la escuela y los procesos de aprendizaje se pervertirán hasta el punto de poner en peligro la supuesta calidad de la educación, estamos equivocados. Si eso sucede es porque el ambiente que se ha constituido está privilegiando lo que se obtiene por el aprendizaje (o a cambio del aprendizaje) frente al aprendizaje mismo. Lo que nosotros hemos constatado es que en los niños y jóvenes existen deseos de saber y motivos intrínsecos por el aprendizaje mismo. Que hay muchas cosas que los niños y jóvenes quieren saber, y que esas cosas son tal vez más importantes, que los temas incluidos en los planes de estudio. Y que cuando la clase se compromete con ello y posibilitamos las búsquedas y proyectos, descubrimos los compromisos y las posibilidades infinitas de aprendizaje que existen en la escuela. Lo que se quiere es entonces que el niño vaya a la escuela a inventar y no a que le enseñen.

Cuando se piensa que sin unos manuales y reglamentos muy bien diseñados para anticiparnos a todas las conductas y proceder indeseables, nuestros niños y jóvenes estarán inmersos en una selva de agresividad y violencia, estamos equivocados. Si eso sucede es porque el ambiente educativo que se ha constituido está privilegiando el autoritarismo que surge por definición y las dinámicas de control externo sobre los individuos. Si queremos prepararnos para vivir en sociedad y valorar las normas y disposiciones, tenemos que vivir la vida de los colectivos con sus conflictos y diferencias, con sus titubeos e incertidumbres. Es entonces cuando veremos los colectivos en dinámicas autónomas de autorregulación y soluciones no imaginadas ante los problemas que se susciten.

Cuando se piensa que los maestros deben estar controlados puntualmente y que su tarea debe predeterminarse mediante planes de estudio y exigencias curriculares so pena de perder el tiempo, también estamos equivocados. Lo que hemos encontrado es que en cuanto el ejercicio profesional esté inmerso en retos y autonomía y determinado por las dinámicas de los colectivos, lo que hacen los maestros junto con sus estudiantes es de enorme calidad y pletórico de motivos de satisfacción para todos.

Claro que los niños, los jóvenes y los maestros requieren de acompañamiento. Este acompañamiento en lo emocional y en lo académico no surge por imposición sino que se construye en las dinámicas de vida de los colectivos.

En lo que queremos insistir es en que mientras no recuperemos la confianza en nuestros niños y nos convencemos de que ellos no son unos salvajes en potencia, no podremos construir otra institución escolar.

Mientras no recuperemos la confianza en los colectivos como germen de la democracia y la convivencia, no podremos pensar en unos ciudadanos transformadores y protagónicos.

Mientras no reconozcamos que la confianza es el motor de realización en todos los niveles y aspectos de la escuela, no lograremos contribuir a la construcción de otro país.

Finalmente, debemos creer en nosotros mismos, pero para ello debemos conocernos más. Nuestra riqueza enorme no está solo en los parques naturales y en los paisajes de nuestra geografía, se encuentra en las capacidades de realización humanas, en lo que hemos hecho los colombianos, a pesar de las grandes dificultades y privaciones en que hemos tenido que vivir y que crear. Debemos creer en nosotros mismos como colectivos y como nación.

No estamos terminados, apenas estamos comenzando, cada día trae sus propias angustias y propias sus satisfacciones. Nunca un día será como lo hemos imaginado, será más rico y sorprendente.

Debemos aprender a planear y, al mismo tiempo, estar en guardia frente al diseño.

Debemos dudar de nuestras seguridades.

Debemos olvidar aquella actividad que nos dio tantas satisfacciones: debemos estar en guardia frente a la rutina.

Para todos, para quienes hicieron posible esta investigación, para los compañeros maestros, los de hoy y los de ayer y los antes de ayer, para los niños y sobre todo para los padres de familia, de verdad, muchas gracias.

Dino Segura. Bogotá, Mayo 1 de 2007